

## Crónica de gentes

**U**N caluroso día estival de 1980, iba un servidor en el microbús 3, que de la Glorieta de San Bernardo va por el Paseo de la Castellana

hacia el Norte de Madrid. En la Plaza de San Juan de la Cruz subió una pareja. No podía sentarse junta porque todos los asientos libres estaban separados entre sí. Entonces cedí mi lugar. Formaban la pareja Dámaso Alonso y su mujer Eulalia Galvarriato, que viven cerca de la Plaza de Castilla.

Dámaso Alonso (nacido en 1898) tenía entonces ochenta y dos años. Y ya quisiera uno a esa edad —llegar a ella es sólo cuestión de proponérselo— andar tan terne como él. No tiene miedo don Dámaso a los autobuses. Tuvo miedo —según su amigo Max Aub— «de dedicarse de lleno a las letras», y por eso decía que se refugió en la erudición. (En esta vida cada cual se refugia como puede). Cuando no tenía más remedio («a punto de explotar») salía con unos versos de su refugio: por ejemplo con «Hijos de la ira».

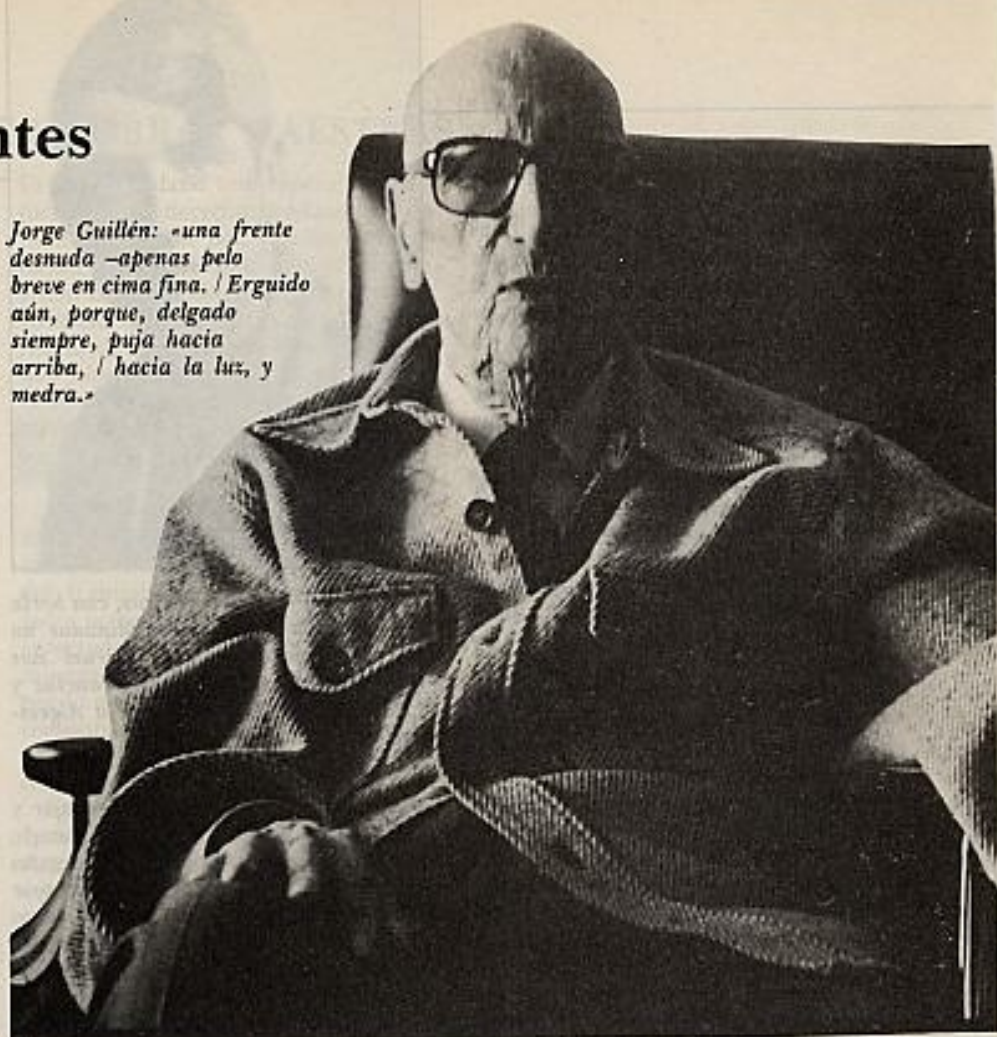
Sus amigos —los amigos de don Dámaso— fueron los poetas, y más que otros los del 27: Aleixandre («Vicentico, Vicentico / ya te lo decía yo: / la gran zorra de la vida / nos ha engañado a los dos /.../ Cuando las jueves te miro / retrepado en tu sillón, / tan estirado y tan grave / me corre como un temblor: / pronto hemos de estar más graves, / más estirados los dos»). O Jorge Guillén.

A Jorge Guillén —nacido el 18 de enero de 1893, en Valladolid y allí bautizado Pedro Jorge José Guillén Álvarez—, le rendían homenaje la revista «La Pluma» y el Aula Cultural del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en la noche del 15 de diciembre de 1981, quinto aniversario, por cierto, de la Ley para la Reforma Política, lo cual no sé si tiene mucha o poca relación, pero alguna sí que tiene.

Las cosas sucedieron así.

El homenaje fue en una sala pequeña del CSIC, donde en una pared estaba pintado un como árbol luliano —el árbol de la Ciencia, sin duda— tan lleno de manzanas como la rebosante sala de gentes. Nos repartieron fotocopia de un poema autógrafa de Guillén y empezó su discurso don Emilio Muñoz, presidente de la mesa. Se sentaban con él Miguel Ángel Almodóvar, Manuel Martínez Azaña, Julio Vélez, José Luis Cano, Dámaso

*Jorge Guillén: «una frente desnuda —apenas pelo breve en cima fina. / Erguido aún, porque, delgado siempre, puja hacia arriba, / hacia la luz, y medra.»*



# GUILLÉN AZAR, DESTINO Y CARACTER

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Alonso, Caballero Bonald y Leopoldo Azancot. Era una mesa capilarmente equilibrada: cuatro tenían barba y cuatro no.

Muñoz, que es biólogo, recordó una carta de Ortega a Cajal. Andaba nuestro filósofo «en una hora de desánimo» y, superada gracias a la ayuda de Cajal, escribía a éste y le exponía la esperanza de que «los españoles llegaran a ser un poco más inteligentes, más sensibles y más cultos... Esperanza sin duda fallida, porque algunos años más tarde los españoles armamos la tremenda trapatista de nuestra guerra. Y es que vamos por la historia como locos...

Recordó más cosas el biólogo Muñoz, que es hombre de barba y de recuerdo. Fue el suyo un discurso plausible en su intención y excesivo en su extensión.

Después habló Dámaso Alonso y nada sobró. Recuerdos también, que estamos ahora en la fase de recuperación del pasado. Habló de «la admiración a Jorge Guillén, una enormidad desde el principio»; y de un prodigio: «y es que lo enorme puede también crecer... Son sesenta años de amistad vivida en muchos sitios y —principalmente en Sevilla—, un lejano diciembre de 1927: «la coagulación irrompible de la amistad tuvo lugar en Sevi-



lla... Amistad de un luego más que famoso grupo de poetas reunidos por «un buen azar que resultó destino», según un verso de Jorge Guillén tal vez un tanto diltheyano. Aquellos poetas jóvenes quedaron agrupados y hermanados desde entonces («nuestra unidad indeleznable») por algo muy fuerte: «la raíz común de nuestros gustos era la poesía... Faltaron cuatro aquel diciembre sevillano: Aleixandre y Salinas, que quedaron en Madrid; Altolaguirre y Prados en Málaga, la misma Málaga adonde don Jorge Guillén ha tenido el buen gusto de irse a vivir...

Entre el público que escuchaba los nuevos versos estaba Cernuda («y surgió Luis Cernuda junto al Betis»). Me refiero, claro está, al público decembrino de 1927. En el no menos decembrino de 1981 no estaba Luis Cernuda, aunque sí su gran amigo el pintor Gregorio Prieto. Tampoco este Betis es el de «Viva el Betis manque pierda», sino el río más y mejor cantado de la lírica española; nuestro hoy ¡ay! menguado padre Guadalquivir. Por aquel entonces Cernuda era discípulo de Pedro Salinas y había cono-

cido a Juan Ramón, a Ortega, a d'Ors, a Fernández Almagro y a Valle Inclán.

Leopoldo Azancot analizó muy documentadamente las relaciones entre Guillén y el simbolismo, que no fueron nada escasas, y Caballero Bonald hizo el «recuento apresurado de algunos de mis recuerdos»... No tan apresurado, aunque sí breve; porque en Caballero nada es apresurado. Conoció a Guillén en Bogotá, cuando don Jorge era profesor visitante en la Universidad de los Andes y Caballero profesor de literatura española en la Universidad Nacional:

*«Había -hay- en Guillén muchas actitudes y maneras que me hicieron recordar fases, aspectos muy precisos de su obra: esa elegancia más bien enjuta, esa jubilosa forma de serenidad, ese rigor expresivo tan predispuesto a no aparentarlo, esa ironía que se desprende incluso de la sintaxis. Y, sobre todo, la capacidad absolutamente pedagógica para oír a sus interlocutores, quienesquiera que fuesen. Qué sentido del humor más educado.»*

Como ya conocía el texto (viene en el número homenaje de «La Pluma») me entretuve en mirar el aire de

inevitable académico que ya tiene Caballero. Y detrás media docena de libros en verso y la mitad de media docena en novelas, casi todo premiado y repremiado, estimado y leído, acrecentado en la estimación con el paso del tiempo, asolerado... y media docena de libros de ensayo; estudioso de la astronomía y del flamenco, tan conocedor del léxico y del lenguaje que, de hecho, trabajó como académico —en el Seminario de Lexicografía— sin serlo aún...

Cuando Caballero —ya fuera de la mesa— habla, cuenta los litros de agua que han llovido en Huelva. Su preocupación es el Coto de Doñana, y al nombrarlo pone tanto cariño como si estuviera inscrito a su nombre en el Registro... El título de propiedad se llama «Agata ojo de gato».

José Luis Cano venía en nombre propio y en el de Aleixandre. Con dos poemas: uno de cada. El de Aleixandre se llama «En la Meseta» («Si le miráis de cerca sentiréis cómo luce / una frente desnuda / apenas pelo breve en cima fina. / Erguido aún, porque, delgado siempre, puja hacia arriba / hacia la luz y medra»)... Y el suyo

Rafael Alberti, García Lorca, Juan Chabás, Bacarisse, José María Platero, Blasco Garzón, Guillén, Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego en el Ateneo de Sevilla.





# GUILLEN

propio trataba de los síes y de los nones de Guillén («nones» que no «noes», pues «nones» es la negación repetida y el poema lleva un «sí» y un «no» en cada verso: «*Sí a la luz, no a la tiniebla...*»).

Vélez y Martínez Azaña (y éste es el Azaña genuino, porque Azaña fue director de la revista «*La Pluma*») dieron las gracias en nombre de la revista. Entre los trabajos de ésta hay una entrevista malagueña del poeta Alfonso Canales a Guillén, que dice:

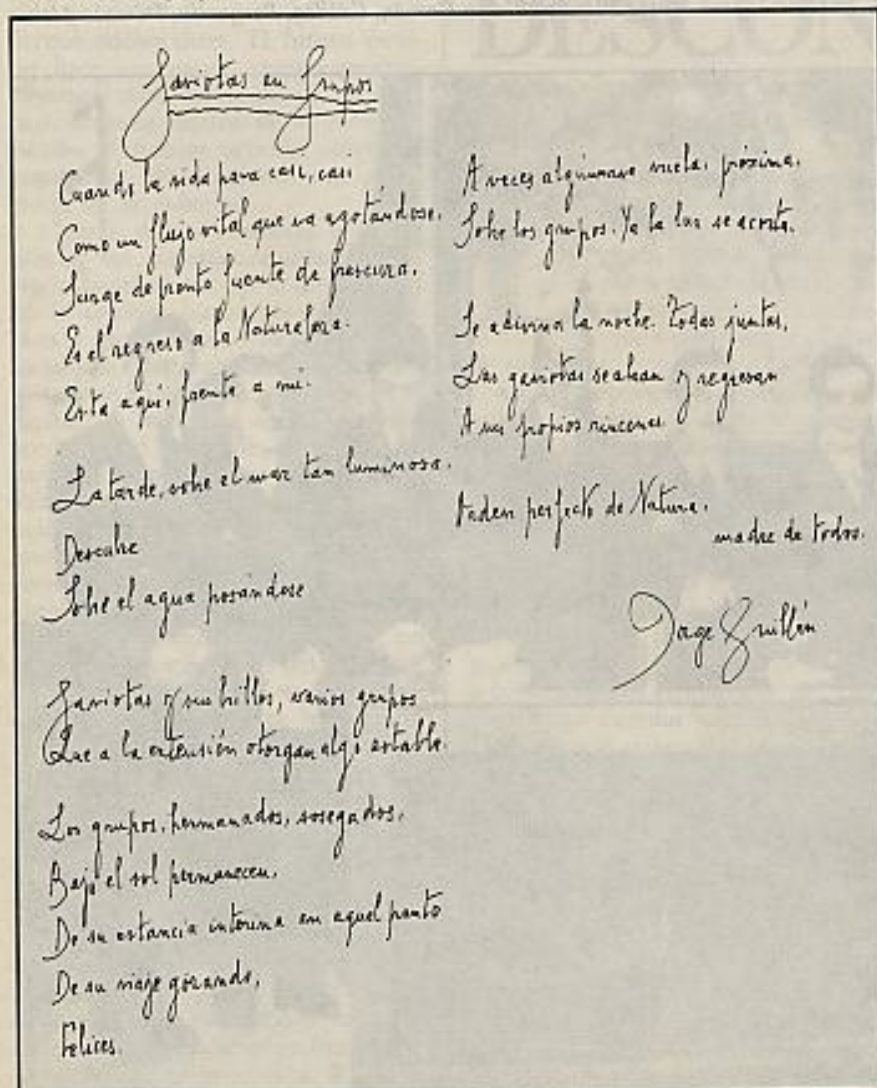
«*Otra entrevista! Yo debía contestar lo que dijo Ramón Carande a un entrevistador: «Mire usted, yo ya lo he dicho todo, de palabra y por escrito.» Carande, con sus 94 años, vino de Sevilla para verme. ¿Sabe que acortó la visita, alegando que no quería cansarme? Le tengo mucho aprecio. Es un hombre que sabe todo lo que hay que saber sobre la historia económica de España en el siglo XVI. Tan familiarizado está con el emperador, que le llama simplemente Carlos.*



RAMÓN CARANDE

Dámaso Alonso: la admiración a Jorge Guillén una enormidad desde el principio, y un prodigio: «y es que lo enorme puede también crecer.»

«*Gaviotas en grupos*», un poema autógrafa de Jorge Guillén.



Y esto fue casi todo.  
En homenaje a Jorge Guillén (y a Dámaso Alonso) vamos a terminar con un poema —«*Clara noticia*»— que el primero dedica al segundo en «*Cántico*»:

*Todos lo crean: las hojas  
En el árbol y en el seto,  
Esas moradas y rojas  
Florecillas —tan concreto  
Lo más puro— sobre hierba,  
La penumbra que reserva  
Sol ya azul en su retiro.  
Mayo, su verdad, su bien  
Regalan amor. ¿A quién?  
Universo hacia suspiro.*



«Caballero Bonald hizo el «recuento apresurado de algunos recuerdos». No tan apresurado, aunque sí breve, porque en Caballero nada es apresurado. «Conoció a Guillén en Bogotá, cuando era profesor visitante en la Universidad de los Andes.»

Y ahora sí que esto es todo. (Respeto en la transcripción del poema guilleano, su costumbre —que a mí no me gusta nada— de empezar cada verso con versal o mayúscula). ■  
V. M. R.